

El mito de la madre tierra y el ritual del Xochitlalli entre los nahuas de la sierra de Zongolica

Antropólogo Iván A. Romero Redondo

CENTRO INAH VERACRUZ

romerdondo@yahoo.com



En muchas aldeas nahuas de la región Zongolica-Tehuacan-Teotitlán, ubicada en el punto trinito donde confluyen los límites estatales de Veracruz, Puebla y Oaxaca, se considera que los montes, los cerros, las milpas, los ríos y las cuevas tienen un dueño prístino, el cual es sujeto de respeto y consideración en las actividades cotidianas, y agrícolas de los campesinos nahuas.

Las atribuciones de esta deidad son mínimas, pero suficientes para dar cuenta de su magnificencia en el panteón de los dioses y deidades contemporáneos de los nahuas de esta región. Su principal atributo es la de satisfacer las necesidades de todos los pueblos, en especial los pueblos de macehuales, es decir, los pueblos de campesinos nahuahablantes y pobres.

A diferencia de Homshuck para el sur de Veracruz, el Dhipak para los huastecos o Kiwikolok para el Totonacapan, este pueblo nahua considera que el dueño legítimo de los cerros, los bosques, las parcelas y en general, de todo el entorno y sus recursos naturales, es la “Madre Tierra” (Nonahlalli), a la que, varias aldeas nahuas aún veneran y dan las gracias por permitir la vida en todas sus expresiones.

En la mitología nahua contemporánea sobresale un mito, que versa sobre la estrecha relación que existe entre el entorno ecológico y los pueblos, señala la responsabilidad que los hombres deben asumir en el cuidado y mantenimiento de sus ecosistemas y, sus actividades productivas tradicionales;

más aún, el mito logra evidenciar a la “envidia” como un aspecto negativo dentro del comportamiento humano, y cuya práctica es sancionada de alguna manera por los dioses.

El mito narrado por el señor Marcelo Barragán Gutiérrez, campesino bilingüe perteneciente a la comunidad de Macuilca, del municipio de Zongolica, evoca que:

“Esta historia es muy vieja, ha sido contada desde hace mucho tiempo, del tiempo de los abuelos, de los más viejitos, de los abuelitos más viejitos que ya se murieron... A mí me lo contaron mis papás y yo ya se lo conté a mis hijos cuando estaban chiquitos. Esto yo pienso que si pasó, y que le tocó verlo a los primeros que llegaron aquí... a esta tierra que es más vieja que muchas cosas...”

Muchos ya no creen que la Madre Tierra esté viva, pero sí lo está... muchos ya no creen en ella, pero yo sí, porque lo que paso es cierto, y si no mire usted cómo está el monte de verde, los árboles, la milpa y el agua, cómo se explica uno que todo esté así de verde y lleno de vida, que la tierra y el monte nos da todo lo que necesitamos... nomás ella solita se encarga de todo para vivir.

La madre tierra es quien nos da todo. A ella se lo debemos... pero la madre tierra no es una persona, sino que la madre tierra es un matrimonio que tiene un hijito que es joven (tel-pochtle). Y ellos se encargan de cuidar de todo en el mundo: el agua, la milpa, los árboles, el monte y sus animalitos.

Ellos son tres, y son gente humilde que trabaja mucho y no descuidan nada, ni hacen maldades a nadie, porque son muy buenos.

Hace tiempo, mucho tiempo, que un hombre trabajaba su milpa, todos los días desde tempranito iba a su milpa a cuidarla para que creciera... pero era malo, porque le echaba de piedras a los animalitos del monte que iban a su milpa para comer tantito de lo que tenía sembrado, porque tenía mucho y alcanzaba para todos. Pero él era malo y envidioso porque no quería compartir con nadie, ni con sus semejantes, ni los animalitos.

Y un día este hombre se enojó mucho, y llevó a su perro para matar a los animalitos que querían comer tantito de su milpa...

En la mañana llegó el hombre a la milpa, y un tlacuachito con hambre ya estaba comiéndose una mazorca. El perro del hombre malo que se le va encima y mordió al tlacuachito, y como pudo el animalito se escapó de los dientes del perro. Pero el hombre seguía enojado, y con el perro se fueron a perseguir al tlacuachito que había dejado sangre en su andar, y se metieron pa'l cerro, en el mero monte seguían el rastro rojo y de sangre.

El hombre y el perro fueron para un cerro, y ahí se metieron a una cueva, y hasta dentro se metieron, por que escuchaban el chillido del animalito que andaba bien cerquita. Y caminaron bien hondo hasta adentro de la cueva, y caminaron mucho... pero era más el coraje del hombre que su cansancio.

Caminaron mucho, hasta salir del otro lado de la cueva, pero salieron a

otro lado que nadie conoce, salieron a un valle muy bonito, con muchas milpas y ríos, y bosques; allí todo era muy bonito, había muchas flores y siembra de calabaza, y chayotes bonitos. Y más que nada había una milpa grande y bonita... todo era muy bonito.¹

El hombre seguía el rastro de sangre del tlacuachito que lo llevó a la casa de una familia muy humilde. Y allí el hombre fue recibido por una familia: el señor, la señora y el hijo.

El hombre les dijo que buscaba a un tlacuache que estaba comiéndose las mazorcas de su milpa y que lo iba a matar; pero él vio que las manchas de sangre que había en la tierra se hacían más grandes, por que vio que la familia cuidaba a un ladito de su casa, en su solar, a todos los animales que el señor había golpeado y echado de piedras por comerse los clotitos de su milpa. El hombre vio que estaba el tlacuachito llorando, con la cola rota, y un chorro de sangre que le escurría por la pata; el tlacuachito estaba muy mal herido porque sangraba mucho y respiraba poquito. Se estaba muriendo el pobre tlacuachito.

La familia estaba muy triste y muy enojada, y le dijeron a ese hombre que él era una persona mala y envidiosa, porque lastimaba a los animalitos que eran de esa familia. Y ellos le explicaron a ese hombre que ellos eran los que trabajaban desde tempranito para que a él y su familia tuvieran su maicito; que ellos le convidaban el agua de su río para que tuviera agua en el río del que bebe; que ellos cuidaban a todos los animalitos, hasta los que nos comemos; que él era malo y los lastimaba, porque era envidioso. La familia estaba triste y enojada, y le dijeron que lo iban a castigar... y lo castigaron.

Ellos le dijeron al hombre malo que tenía que curar a cada uno de los animalitos del monte que había lastimado, los tenía que curar a todos con cosas que él se comía. Entonces el hombre los curó a todos con chile, hoja de aguacate y xoxoco [fruta ácida].

El hombre empezó a curar a los tejoncitos, oncillas, venados, conejos y al tlacuachito con esas tres cosas. Todas sus heridas las curó, sus patitas rotas y sus moretones. Pero eso no era suficiente, los señores y el joven decidieron que el hombre malo debía trabajar por una semana en la parcela de ellos. El hombre estaba obligado a limpiar la siembra de los señores, pero era peligroso porque a veces la maleza

se volvía en víboras que lo picaban, pero se arriesgó, y logró limpiar toda la siembra por una semana.

Cuando acabó de trabajar, los señores lo decidieron perdonar porque había trabajado mucho y estaba ya muy arrepentido de sus maldades. Los señores le pidieron al joven que llevara a ese hombre a la cueva y le abriera el camino para que se fuera a su casa. El hombre y su perro se fueron bien cansados, y caminaron de vuelta otra vez; llegaron a su casa que se veía muy diferente.

El hombre vio que su milpa estaba seca, y ya se la había comido el monte, porque ya había mucha maleza. Su casita y su milpa estaban desoladas, porque habían pasado siete años afuera de la cueva, pero adentro de la cueva y en la milpa de los señores había pasado una semana. Y el hombre pobre y desesperado se fue a buscar a su mujer, pero la encontró distinta, porque ya estaba casada con otro. La que era su mujer se había casado con otro porque ella había pensado que se había perdido y muerto en el monte, pero ella ya tenía siete hijos que la querían mucho, pero los siete tenían cola de tlacuache.”

El señor Barragán, quien es nahuahablante, afirma que él y algunos miembros de su comunidad veneran lo que la “Madre Tierra” les ofrece todos los días, como sus alimentos, el agua de los ríos, la madera de los bosques, y el fruto de sus cosechas. En la actualidad, en varias aldeas de esta región, la forma en la que se venera y agradece a la “Madre Tierra” es mediante un rito agrícola llamado Xochitlalli, que es realizado en el centro de la milpa, y consiste en hacer tres pequeños hoyos en la parcela o milpa; este ritual también es realizado para evitar las “brujerías” o las “maldades” que pueden ser conjuradas por un tetlachiwia [el que hace maldades]. Los hoyos son de tres tamaños: uno grande, otro mediano y otro chico, los cuales representan al Señor, la Señora y al Joven de nuestro mito.²

En el ritual, los tres hoyos escarabados son “purificados” con copal en combustión al tiempo que un rezandero ofrece varias plegarias en lengua náhuatl honrando a la “Madre Tierra”, y pidiendo salud y bienestar para la familia que financia el rito. Luego, los pétalos de varias flores distintas

con agua bendita son arrojados en los agujeros.

Después se coloca comida en los tres hoyos, simulando que el Señor, la Señora y el Joven están degustando la comida ofrecida; posteriormente, vacían café. Más tarde, al hoyo que le corresponde al Señor y a la Señora se les ofrece aguardiente o cerveza; si es cerveza, ésta es vaciada en dos partes, pues muchos bebedores de la región suelen ingerir sus bebidas etílicas en dos tiempos, es decir en dos “sorbos”. Al joven, a quien hay que cuidar, en lugar de bebidas etílicas se le ofrece refresco. Más tarde, se ofrecen otras palabras de agradecimiento dirigido a la “Madre Tierra”.

Comúnmente esta ceremonia es acompañada por un grupo de “músiceros”, que con guitarra, violín, tambor, trombón o trompeta amenizan la “degustación” simbólica de los alimentos ofrecidos al Señor, la Señora y al joven. La deidad de la “Madre Tierra”, integrada según perciben estos nahuas por “los señores y el joven”, es quien hace posible la vida.

Así, algunos hombres y mujeres nahuas ordenan y regulan su relación con el entorno físico y simbólico, mediante una deidad que les dota de alimentos, agua, bendiciones y otra clase de bienes. Es mediante la continuidad del mito y la realización de este pequeño ritual que los nahuas intentan satisfacer a la unidad tripartita de esta deidad, integrada por el Señor, la Señora y el Joven, con la intención de evitar malas cosechas, hambrunas, posibles brujerías o sequía como castigo.

Notas

¹ La descripción del valle coincide con la descripción formulada por varios grupos indígenas con respecto al “Tlalocan”; en algunas narraciones de los indios nahuas de la sierra norte de Puebla, aparecen asociados explícitamente “los señores y el joven” de nuestro mito con el “Tlalocan”.

² En las últimas décadas el xochitlalli también se ha practicado en las ciudades y se ha vuelto un rito de petición, particularmente en las obras de construcción en las que incursionan los nahuas de esta región; ellos consideran que practicando el xochitlalli en una construcción, pueden evitarse accidentes o muertes, o en su defecto “que el edificio se caiga”.